

UN PUEBLECITO

LA ENVIDIA

POR M. MOLINA

Villa del Deseo es un pueblo ingenuo, sencillo, primitivo. Pero primitivo no en el sentido de atrasado, de primigenia concepción de la vida como violencia. Es quizá muy anterior a ésto, más cercano a la edad de oro, con cuyo recuerdo embobaba don Quijote a los cabreros. Y es que Villa del Deseo es algo así como una tierra de promisión, fértil, rica en todo aquello que hace la vida apacible, cuando la única ambición es vivir en paz, en paz con uno mismo, sobre todo.

Si bien no puede decirse que en él no existe la propiedad, porque cual más, cual menos, todos tienen algún pedazo de aquel bendito suelo, si es preciso advertir que esta propiedad tiene una especial particularidad: la elasticidad. Cuando las necesidades de algún vecino aumentan, no duda en invadir el predio ajeno sin que nadie

se oponga ni moleste.

Sin proponérselo, quizá porque nadie lo sabe, su organización social no encaja perfectamente en ningún tipo conocido. Algún tratadista pensaría en el patriarcado sin patriarca, o tal vez en una sociedad horizontal con sinuosidades, o... Pero más vale no tratar de situarla en los moldes habituales, pues todos resultan ajustados e incómodos para Villa del Deseo.

No obstante, el transcurrir de los pueblos tiene altibajos inevitables, conmociones espontáneas, sacudidas repentinas, que trastocan y subvierten valores e ideas. Así ocurrió cuando el pueblecito, un mal día, despertó de su sueño. Ya hicimos historia de este primer bostezo de madrugada borrascosa: había descubierto el progreso. Ahora pretendía descubrir algo de naturaleza espiritual y, por

tanto, más complejo: la felicidad. Gozaron, sin saberlo, esa dulce felicidad que cantara Fray Luis de León, la de vivir «ni envidiado ni envidioso» y de pronto, hallaron otra más actual: la que para B. Russell es única y define como felicidad competitiva. No se es feliz si nadie ve que lo somos, si nadie nos la envidia.

¡Pobre Villa del Deseo! En realidad no había descubierto la felicidad verdadera, había tan solo roto la compuerta que contenía a la envidia. Y, parejamente, el no menos grave deseo de ser envidiado; porque si aquella es pena por el bien ajeno, el otro es alegría o satisfacción por el mal del semejante que, en resumidas cuentas, es menos justificable.

El primer síntoma se mostró con el cerramiento de los predios: delimitación concreta de la propiedad. Después vino la sed de atesorar sin parar mientes en los medios. Más tarde la ostentación, para mostrar el poder, la grandeza, el bienestar, mayor que el del vecino.

La gente se volvió torva, provocativa. La lividez de bilis de la envidia marchitó la sonrisa de los labios. Pero ¿y las mujeres? Hubiera sido preciso rodar una película de los festejos del pueblo. Modelos de París, zapatos de Londres, joyas costosas, miradas despectivas... El Versalles del Rey Sol se hubiera sentido miserable junto a Villa del Deseo.

Pero esta carrera de competencia y de tensión nerviosa dió al traste con la riqueza y salud del pueblecito. Hubo que volver a la tierra. Las cercas se desprendieron, los modelos lujosos sirvieron de pañales para nuevos villadeseanos y, poco a poco, las eternas aguas mansas volvieron a su cauce.